

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 81 ABRIL 2012

TEMA 10: OTROS TEMAS

TITULO: **BARBIERI Y WAGNER (RECUERDOS ÍNTIMOS)**

AUTOR: *Antonio Peña y Goñi (*)*

Cuando, a mediados de 1870, conocí a Barbieri y trabé inmediatamente con él amistosas relaciones, había yo publicado en "El Imparcial" un artículo de ardiente devoción a Wagner, cuyas partituras de "Tannhäuser" y de "Lohengrin" acababan de volverme materialmente el juicio, revelándome atrevimientos de estilo y esplendores de armonía que constituían un mundo nuevo para mí.

Mi admiración por la nueva música no era por lo tanto un secreto para el autor de "Pan y toros"; así es que nuestras discusiones versaban casi siempre sobre Wagner y su estética musical, que Barbieri atacaba despiadadamente y yo defendía con furor, sin que llegáramos jamás al acorde perfecto.

Y ocurrió un día lo siguiente.

El día 31 de diciembre de 1870, esto es, la víspera de la entrada de D. Amadeo en Madrid me dijo Barbieri:

-¿Quiere usted venir mañana, temprano a mi casa? Veremos entrar a don Amadeo y almorzaremos juntos después.

Acepté enseguida la invitación del maestro, en cuyo domicilio me presenté al día siguiente, a las nueve de la mañana.

Vivía entonces Barbieri en la Plaza del Rey, número 5, cuarto tercero, y tenía su despacho en una estancia interior, espaciosa, alegre y llena de luz, desde la cual veíase perfectamente un buen trozo de la calle de Alcalá, gracias al solar que ocupó más tarde el hermoso inmueble que hoy hace esquina con la calle del Barquillo.

Charlando amigablemente estábamos los dos, esperando a D. Amadeo, cuando –lo recuerdo como si fuese hoy– quedose Barbieri contemplando desde

la ventana la nieve que cubría la calle de Alcalá, y yo, no sabiendo que hacer me senté al piano, el anciano y famosísimo cémbalo, por el cual sentía el maestro cariño entrañable y yo miraba con verdadera veneración.

Y fue el caso que, sugestionado como me hallaba por la música de "Tannhäuser" y de "Lohengrin", y poseyendo para las corcheas una memoria que, desgraciadamente, me falta para todo lo demás, púseme a tocar el admirable trozo de orquesta que sigue a la marcha de "Tannhäuser", aquel durante el cual los bardos saludan al Landgrave y a su hija, y, conducidos por los pajes, ocupan sus puestos en la corte del amor.

No bien escuchó Barbieri los primeros compases, dejó precipitadamente la ventana y se acercó al piano.

-¡Qué hermoso es lo que está usted tocando! –me dijo.

Callé como un muerto y seguí; pero al llegar a un diseño de armonía de carácter cromático, que el temor de ser tachado de pedante me impide detallar, me interrumpió entusiasmado:

-¡Admirable! ¿De quién es eso? Vuélvalo usted a tocar.

Obedecí enseguida, repetí la frase y tuve que hacer lo mismo con todo el fragmento, disimulando el júbilo que me embargaba al coger a Barbieri en delito de lesa wagnerofilia.

-¿De quién es eso? –volvió a preguntar cuando hube terminado– ¿Es acaso de usted?

-¿Mío? ¡Ojalá!

-No sé con qué expresión pronuncié aquel ¡ojalá!, pero ello es que Barbieri, que hasta entonces se había tragado la partida, volvió súbitamente en sí y adivinó que el trozo ejecutado era de Wagner.

¡María Santísima! ¡Cómo me puso!

-Es usted un bandido –gritaba hecho una fiera– eso no lo hace ninguna persona decente; es una emboscada infame, una miserable traición.

Y siguió en ese la de orquesta, disparándome un chaparrón de denuestos que aguanté sin pestañear. Cuando cesó el desahogo, me contenté con decirle:

-Todo lo que usted quiera, pero conste que le he cogido a usted en el garlito y que ya sé a qué atenerme con respecto a la insensata guerra que hace usted a Wagner. Si se muere usted antes que yo, contaré esta anécdota.

Quedose silencioso un rato y me contestó luego con la mayor frescura:

-Cuéntela usted mañana mismo en "El Imparcial", si le da a usted la gana. ¿A mí con amenazas, eh? Con decir que es mentira se acabó.

Desde entonces redobló su ira contra Wagner, y rara fue la carta a mí dirigida por Barbieri, que no contuviese graciosas alusiones a mi wagnerismo y la música del porvenir.

De las numerosas epístolas que me enderezó el maestro, he perdido algunas y regalado otras a autografómanos; pero en el medio centenar que conservo entre mis papeles, hay, por fortuna donde escoger.

La primera que voy a transcribir es de oro. No está fechada; pero por el día en que se estrenó la zarzuela "Los Holgazanes", puede asegurarse que la escribió hacia el 20 de marzo de 1871. Véase la clase:

"Querido Pena y Wagner: Creo que mis "Holgazanes" no podrán ir el viernes por causa de las decoraciones, las indisposiciones de los cantantes y otros excesos, pero presumo que podrán el sábado. Hasta que se haga la primera representación no podré prestar a usted mi borrador para canto y piano; luego que se haga estará a la disposición de usted; pero como se atreva usted a decir que yo hice "música del porvenir", nos oirán los sordos; con que ¡mucho ojo! Tengo dispuesto dar a usted una butaca para el estreno, pero le advierto que será para mi amigo Peñita y no para el crítico musical de "El Imparcial", porque a éste, que lo parta un Wagner nada le importa a –El maestro Seguidilla".

Conviene advertir que, en aquel tiempo, pasaba como moneda corriente que Barbieri me inspiraba y hasta me escribía mis artículos. Prosigamos.

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. 08080 Barcelona
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

"Los Holgazanes" no tuvieron éxito; yo defendí cuanto pude a Barbieri en "El Imparcial", y mi artículo dio motivo a un chistosísimo incidente entre Picón, autor del libreto y yo. Lo contaré quizás algún día; no lo hago porque ocuparía demasiado espacio.

Del 30 de abril de 1871:

"...Muchas gracias por el bombo a Vasconcellos, que me ha sonado muy bien y es del tamaño que yo apetecía. Lo que no me ha gustado es lo que se refiere a Wagner. ¡Qué lástima que un joven... como usted se entregue a esta especie de... (aquí un sustantivo que no puede escribirse y se refiere a un vicio muy liviano) de séptimas diminutas y de falsas relaciones (!!!). ¿Cuándo acabará usted de convencerse de que la música práctica (sic) es un arte bello y no una ecuación de segundo grado? ¡Desgraciado Peñita! No puedo menos de verter media lágrima sobre la tumba de la mitad de su buen gusto!!!!!"

La carta termina así:

"Ofrecería a usted el ejemplar mío, pero no puedo ni debo hacerlo, porque me lo envió (Vasconcellos) con dedicatoria autógrafa; sin embargo ya sabe usted que éste y todos mis libros puede usted consultarlos cuándo y como le dé la gana, aunque no le dará porque entre ellos no hay ninguno de Wagner, lo cual es una desgracia para usted, ¿no es verdad? ¡Tómate esa! Y hasta luego."

Durante el verano del 71, le escribí desde San Sebastián hablándole de la deliciosa temperatura que allí disfrutábamos. He aquí lo que, con fecha 5 de agosto contestó a mi carta:

"Querido amigo y desventurado wagnerista. (¡Oh dolor!) ¡Todos los Lohengrin tienen suerte! Para dar a usted envidia le diré que en los conciertos del Retiro nos dan con frecuencia a cenar aquel "frito de Tannhäuser" (la sinfonía), pero yo creo que a muchos de los concurrentes debe habersele indigestado, porque va poca gente. No lo extraño; ¡es comida demasiado fuerte para estómagos delicados!... Y con esto no canso más, Suyo siempre: Melodía!!!!".

El fragmento que voy a copiar ahora vale un Perú. Es de una carta sin fecha, pero escrita el 72, porque se alude a la gran cruz de María Victoria, fundada entonces por la santa e infortunada esposa de don Amadeo. Podrá notarse que, en aquella época, Barbieri y yo nos habíamos apeado el tratamiento.

"En cuanto a la presunta excelencia, si viene y yo la acepto, cuanta con que la mojaremos y hasta la comeremos si quieres con un frito de violines de Wagner, un pastel de Schumann y una pepitoria de Liszt, apóstoles famosos de la indigestión del porvenir. Tuyo siempre. El maestro Bandurria".

La excelencia vino, Barbieri la aceptó y yo espero en Dios que la mojaremos y la comeremos... en el otro mundo, porque lo que es en este no hubo fritos, pasteles ni pepitorias que me produjeran entonces la menor indigestión.

Temo molestar la atención reproduciendo otras muchas saladas invectivas contra Wagner que contienen las cartas de Barbieri, por lo cual me limitaré a copiar dos párrafos de sendas misivas fechadas una el 7 de mayo de 1873 y otra el 9 de marzo de 1889, que son sumamente curiosas.

El primer párrafo encierra el colmo del antiwagnerismo de Barbieri y forma la cadencia final de la epístola del maestro.

"Y ahora, grandísimo pillo, canalla, salteador de la honra ajena, feo y sobre todo wagnerista enragé, no quiero contestar a todos los insultos de tu carta, sino que me reservo para cuando te eche la vista encima tu enemigo encarnizado, -El músico del pasado y del presente,- Maestro Seguidilla".

Como se ve, la mayor atrocidad que podía lanzarse sobre un cristiano por Barbieri, era llamarlo "wagnerista enragé".

Del 72 al 89 van 16 años. A fines de 1875, un deplorable incidente en el cual tomaron parte Arrieta y Ayala, vino a interrumpir brutalmente mis fraternales relaciones con Barbieri, a causa de un malhadado artículo que el maestro había escrito, firmado "El Licenciado Vidriera", y en el cual ponía en

solfa de un modo feroz un discurso pronunciado por Arrieta en el Conservatorio.

Supliqué a Barbieri que no cometiera aquella trastada; me lo prometió y cumplió, en efecto, su promesa de no publicar en periódico alguno la tremenda sátira; pero se la mandó bajo sobre a Adelaro Ayala, con una esquila que echaba chispas, y en la cual le decía muy serio que si no daba a luz el escrito, era gracias a mí por más que su contenido merecía "mi más completa aprobación".

El lío de todos los demonios que armó aquello, no es para contarlo, y me guardaré muy bien de intentarlo siquiera. Ayala me regaló un cajón de magníficos puros, acompañado de cariñosísima tarjeta, en la cual me sacaba a salvo del maremágnum, y de un ejemplar de "El tanto por ciento", con expresiva dedicatoria autógrafa, que conservo como oro en paño; pero ello es que después de una espantosa tremolina, que tuvo por escenario el despacho de Barbieri y a la cual asistió un queridísimo amigo y deudo mío, don Ramón Machimbarrena, que podría dar fe de la catástrofe, el maestro y yo regañamos definitivamente.

Reanudamos nuestras relaciones diez años después; pero jamás volvieron a ser lo que fueron en aquella época, cuyo recuerdo ha quedado grabado para siempre en mi corazón.

Nunca quise hablar entonces con Barbieri, ni de Wagner, ni de su música; pero el maestro recordaba indudablemente nuestras peleas de antaño, cuando el 9 de marzo de 1889 me escribió una carta, de la cual no puedo copiar más que el primer párrafo, por referirse los demás a persona muy conocida y que afortunadamente vive.

Habíase publicado en aquellos días, en "La Época", una crónica mía, que tuvo la suerte de agradar mucho a Barbieri.

Véase en que términos me lo participó.

"Querido Peñita: Tu... (aquí un retruécano con apellido de persona) es de lo más barbiana que has escrito. Con decirte que casi casi me inclino a

pensar que pudiera suceder que tal vez llegara a gustarme un poquito la música de Wagner (y eso que lo admiro), no te digo más; con que mira si me habrá gustado tu artículo de "La Época"..."

El efecto que esta carta me produjo sólo lo sé yo. ¡Me traía a la mente tantas cosas! En cuanto pude hablar con Barbieri, hice con él confesión general, hízola él conmigo, rememoramos antiguas aventuras y pasados incidentes, y, considerando siempre con más ingenio que razón las doctrinas wagnerianas, mostróseme partidario decidido del genio de Wagner, tanto más, cuanto que le demostré que él, Barbieri, había inconscientemente rendido homenaje a la consustancialidad de la poesía y la música, introduciendo en la partitura de "Pan y Toros" la letra y la música de Pepe Hillo, que no figuraba en el libreto de Picón.

La verdad es que Barbieri, el músico español que estrenó en Madrid a Wagner, dirigiendo en 1862 en el salón del Conservatorio la marcha de "Tannhäuser", no conocía al revolucionario alemán ni se molestó jamás en estudiar las doctrinas wagnerianas.

Le ofrecí repetidas veces la carta de Wagner a Villot, que figura como prólogo de "Cuatro poemas de ópera". Nunca quiso leerla. "Olla de grillos y ensalada de cangrejos"; para Barbieri no era otra cosa, en los tiempos de nuestra íntima amistad, la música de Wagner. Y en 1872, en el interesantísimo prólogo que escribió para D. Lazarillo Vizcardi, de Eximeno, no tuvo reparo en soltar enormidades como ésta:

"Los delirios de Wagner y su escuela tienden a pervertir por completo la música, convirtiéndola, de encantador lenguaje del alma, en una especie de cálculo matemático".

Diecisiete años después me escribe la carta, cuyo primer párrafo he copiado más arriba, y me dice que ¡admira a Wagner!

Si se tiene en cuenta que en 1889 Wagner había muerto, después de llegar al colmo de sus "delirios musicales", se comprenderá que el

antiwagnerismo de Barbieri tenía muchos puntos de contacto con el antizarzuelismo de Alarcón.

Basta. Mi objetivo principal al redactar esta Crónica, cuyo carácter harto personal espero se juzgará con indulgencia, ha sido recordar a Barbieri en el día de hoy, segundo aniversario de su muerte, y ocuparme del popular maestro español desde un punto de vista que estimo interesante y nuevo.

Sobre todo he querido vivir algunas horas en compañía del "Maestro Seguidilla", cuya fraternal amistad fue mi orgullo en los albores de mi carrera literaria, y cuyo recuerdo no ha de abandonarme jamás.

(*) Este texto se halla publicado en el libro "Río Revuelto" de Antonio Peña y Goñi. Este prestigioso wagneriano nació en San Sebastián en 1846 y falleció en 1896. En el Diccionario de la Música Labor, escrito por Joaquín Pena, se dice de nuestro autor: "Defendió la música wagneriana con ahínco desde el primer momento y contribuyó a hacerla comprender y estimar". Tomemos buena nota del término "desde el primer momento". Peña y Goñi forma parte de los primeros wagnerianos y, consecuentemente, de los que tenían más mérito, es contemporáneo de Joaquín Marsillach y no de Joaquín Pena. En general es Pena el que representa el wagnerismo catalán, pues los precursores, como Marsillach no formaban un grupo potente y cohesionado. En la Delegación Española que formaba parte del patronato de Bayreuth pagando una cuota anual para lograr el estreno de la Tetralogía y Parsifal, había nombres relevantes como José de Letamendi, el Dr. Robert, Josep Rodoreda, Apel.les Mestres y Antonio Peña y Goñi. Eduardo Rincón, en el prólogo del libro de Peña y Goñi, "España desde la ópera a la zarzuela", en la re-edición de 1967 nos dice: "Sí; Antonio Peña y Goñi fue wagnerista, y era lógico, sobre todo en España, porque ser wagnerista era estar en punta contra la rutina de la época, era ser partidario de sacudir violentamente la modorra y el amaneramiento que ocultaban los verdaderos caminos a la música española. Wagnerista y defensor ardiente de la zarzuela, ¿no parece chocante?". Pues en realidad no lo es. En propio Hans von Büllow decía de Johann Strauss: "Es

uno de mis pocos colegas –sí "pocos"– por quien siento verdadera admiración. Es un director genial en su pequeño género, como Richard Wagner lo es en su sublime estilo. De su dicción y de su técnica ligera se pueden recoger las mismas enseñanzas que en otro círculo nos brindan la Novena Sinfonía y la Patética".

Lo que sí parece chocante es el entusiasmo de Antonio Peña y Goñi por las corridas de toros, y lo consideraríamos una excentricidad de no ser por el hecho de que tanto Joaquín Peña como Ángel Fernando Mayo eran apasionados de ese bárbaro espectáculo, algo que parece difícil de conciliar con el vegetarianismo de Wagner basado en el amor a los animales y teniendo como última finalidad evitar su muerte. Otra de sus grandes aficiones era la pelota vasca y también al respecto publicaba críticas en diversas publicaciones.

El Wagnerismo a ultranza de Antonio Peña y Goñi lo resumió este ilustre wagneriano en su "Credo Wagneriano", donde podemos leer: "Creo en Gluck Padre Todopoderoso, Creador del drama lírico en la Tierra, y en Ricardo Wagner, uno de sus hijos, que fue concebido por obra y gracia de Carlos María Weber y nació de la Belleza Eterna, pereció bajo el poder de las Preocupaciones, fue crucificado en París y Milán, no siendo muerto y sepultado por los wagneristas, milagrosamente, descendió a los infiernos del amor propio ultrajado, subió a los cielos de la Inmortalidad y al Paraíso del Teatro Real de Madrid, y está sentado con Weber y Beethoven, a la diestra de Gluck Padre Todopoderoso. Desde allí debía venir (pero no vendrá; desgraciadamente), a juzgar a los vivos que profanan su nombre, pasando por wagneristas, ni a los muertos, porque esos le tienen sin cuidado. Creo en el Genio, aunque no sea alemán, la Santa Iglesia Universal del Arte, la Comunión y Filiación de los Grandes Maestros; creo (y es mucho creer) en el perdón de los desatinos wagneristas, la resurrección del Buen Gusto y la marcha irresistible de la Inteligencia y el Progreso. Amen Wagner".

El septiembre de 1879 fue nombrado Catedrático de historia y crítica del arte de la música en la Escuela Nacional de Música de Madrid, también fue nombrado académico de número de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, Comendador de la Orden de Isabel la Católica... y varias

distinciones más. Y todo ello pese a que el estilo de Peña y Goñi era, podríamos decir, poco académico. Sus artículos eran básicamente de crítica, desenfadados, divertidos, llenos de anécdotas y narrados de una manera sencilla y llana.

Destacaremos por último su faceta de compositor en la que también obtuvo algún éxito, pero a la que se dedicó poco centrándose en obras de reducido formato. Su obra "¡Viva Hernani!" fue cantada entonces por el eminente cantante Tamberlick y estrenada en el Teatro Real. Sus otras no muy numerosas obras se centraron principalmente en temas vascos.

En cuanto a su producción literaria fue también numerosa y diversa. Las que disponemos en nuestra Biblioteca son: "Río Revuelto" recopilación de artículos de donde está sacado el que ahora publicamos. "Los Maestros Cantores de Nuremberg" Madrid 1893, "España desde la ópera a la zarzuela", "Impresiones musicales" (recopilación de artículos) Madrid 1878 y "Carlos Gounod", Madrid 1879.